



En la letra C está Cirlot, un caballero medieval que, espada en mano, recorrió la modernidad vanguardista animado por un sentido de experimentación constante. La letra C sigue en la prelación alfabética a la letra B, donde reside Bronwyn. Si se trata de rescatar del mundo de las tinieblas de la letra C a alguien éste será Juan Eduardo Cirlot¹, quien estuvo unido a la letra B a través de Bronwyn. Dejaré de lado en este particular Diccionario al crítico de arte, al estudioso de los símbolos, al compositor de música, al traductor infatigable, al escritor de diccionarios y al poeta de otras letras, por ejemplo de la S², para centrarme no en el personaje sino en el sentido de su Bronwyn³.

En la escena primera del acto quinto de *Hamlet*, aquella en la que cavan el foso en que va a ser enterrada Ofelia, el rústico segundo que cava pregunta “¿Fue Adán caballero?”, a lo que responde el primero: “Fue el primero en llevar armas”⁴. Esta escena, conocida por Cirlot, que vivió los últimos años de su vida obsesionado con la muerte de Ofelia, nos acerca a la figura del ‘caballero Cirlot’ poseedor de siete espadas medievales⁵, herramientas que caracterizaban a los antiguos Señores de la Guerra, quien, como hizo Adán con los animales, tuvo que dar nombre a las letras, una a una, para poder crear su propio lenguaje originario con el que intentaba comunicarse con sus mitos. Pero, dentro de las letras que él nombró, me interesa particularmente

la N que, en un sentido simbólico, “representa las aguas



primordiales como negación o disolución de lo informal”⁶, y en un sentido matemático representa al número genérico, aquel que puede ser permutado o sustituido por otro en una ecuación.

Ofelia permutada por Bronwyn quien, como Venus, surge de las aguas para conquistar al Señor y apoderarse de la imaginación del poeta. Ofelia-Bronwyn resucitada por amor en las palabras, invocada en letanías infinitas en las cuales se permuta el orden de los versos, las palabras y las letras. Bronwyn, doncella céltica del siglo XI, fantasma que se hace presente al ser invocado con palabras mágicas que se remontan hacia atrás en el curso del tiempo.

El poeta devoto de la letra B, que conoce el valor de las palabras y el significado profundo de los símbolos, tropie-

za entre las “ruinas, reinos, ruidos, rotos”⁷ y descubre que ningún idioma de uso cotidiano le sirve para descender a los infernos o ascender a aquellos cielos que menciona en sus poemas ya que el abismo entre “cielo” y “cieno” procede de la simple permutación de una sola letra por otra.

Palabras, fonemas, letras y grifos que retornan a los orígenes del lenguaje para buscar un idioma nuevo⁸ que permita expresar en una lengua simbólica y esencial sentimientos que no pueden cobrar su pleno sentido con palabras desgastadas por el uso de la comunicación intranscendente. Una lengua con capacidad para innovar ideas, imágenes, sentimientos y visiones⁹ en torno a la doncella entregada a las aguas o a los frisos.

Toda la obra poética de Juan Eduardo Cirlot escrita entre 1966 y 1971 es un conjuro para nombrar a Bronwyn, para descifrar su nombre, deletrearlo y poder así invocarla en su propio idioma, un idioma que el poeta tiene que inventar y construir. Si crear un lenguaje de signos es una proeza, dotarle de una sonoridad fonética no es menos titánico¹⁰. Se trataba de inventar una voz que surja de las aguas y que, en un ritual mítico, desgrane fonemas que emerjan de alguna región del cuerpo situada más abajo de la garganta, fonemas incomprensibles a la razón que se expanden por la noche de los tiempos. Ese idioma inventado, cuya fonética está basada en la musicalidad de los antiguos idiomas, tiene un alfabeto que posee sólo “las cinco letras del nombre de la doncella céltica: b, r, n, w, y”¹¹ y responde a una estructura analógica del universo. El propio nombre de Bronwyn resume en sí todo ese universo, con sus polaridades positiva y negativa, ocupando la letra N su centro como elemento disolutorio y su final, como elemento negatorio.

¹ Personaje no suficientemente valorado en la actualidad, aunque tampoco lo fue en vida, tal como él reconoce cuando escribe a la poetisa Jean Aristeguieta, fundadora de la revista *Árbol de fuego*, “mi país me oculta y me niega”. La carta está reproducida en Juan Eduardo Cirlot, *Bronwyn*, Siruela, Madrid, 2001, p. 20.

² S de Surrealismo, de *Dau al Set*.

³ Bajo el título *Bronwyn* Cirlot escribió ente 1966 y 1971 un extenso conjunto de poemas recogidos y publicados en Juan Eduardo Cirlot, *Bronwyn*, op. cit.

⁴ Second Clown: *Was he a gentleman? / First Clown: He was the first that ever bore arms.*

⁵ Fue coleccionista de espadas. Con el paso del tiempo, fue depurando su colección hasta quedarse sólo con siete espadas de época medieval y del primer renacimiento.

⁶ Juan Eduardo Cirlot, “Simbolismo fonético. Bronwyn-Bhowani”, [16 de abril de 1971], reproducido en Juan Eduardo Cirlot, *Bronwyn*, op. cit., pp. 635-637.

⁷ Cirlot en poemas como *La quête de Bronwyn* (1971) juega con la proximidad fonética de palabras, como las cuatro citadas, o bien compone un verso con palabras de sonora proximidad, como “errante, hierro, destierro” o “negra, niega, desintegra”.

⁸ Como intentaron los poetas cubo-futuristas rusos Velimir Khlebnikov y Aleksei Kruchenykh al crear el Zaum (1913), lenguaje sintético de sonidos simbolistas, o Raoul Hausmann con la invención de sus poemas *optophonetiques* (1916-17).

⁹ Cirlot expresa su necesidad de “regresar al bosque mágico de determinadas ideas, imágenes, sentimientos y visiones” para seguir trabajando en algo que suponía terminado en la introducción al poema *BRONWYN*, w, editado en 1971. Reproducido en Leopoldo Azancot (ed.), *Poesía de J. E. Cirlot “1966-1972”*, Editora Nacional, Madrid, 1974, pp. 336; y en Juan Eduardo Cirlot, *Bronwyn*, op. cit., p. 435.

¹⁰ Esto lo consigue plenamente en *BRONWYN*, (1969) y en *INGER, PERMUTACIONES* (1971).

¹¹ Prólogo de *BRONWYN*, n, reproducido en Leopoldo Azancot (ed.), op. cit., pp. 338; y en Juan Eduardo Cirlot, *Bronwyn*, op. cit. p. 542. *BRONWYN*, w, editado en 1971. Reproducido en Leopoldo Azancot (ed.), op. cit., pp. 336, así como en Juan Eduardo Cirlot, *Bronwyn*, op. cit. p. 435.